8980

LUIS LÓPEZ ORTEGA

Por un beso, una boda

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL

Copyright by Luis López Ortega, 1919

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1919

POR UN BESO, UNA BODA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

POR UN BESO, UNA BODA

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

LUIS LOPEZ ORTEGA

Estrenada la noche del 10 de Abril de 1919
en el COLISEO DE LAVAPIÉS

MADRID
IMPRENTA REY-CERVERA
Tres Peces, 21 y 23
1919

A D. Ricardo Tomás Alcaina

Querido Ricardo. ¿A quién mejor que a V. puedo dedicar esto que llamo comedia? Acéptelo en gracia al gran cariño que le profeso.

Luis

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA	JUANA A. DE BARTA.
LUIS	EDUARDO GOYA
DON FERNANDO	JOSÉ AYALA
ROQUE	ANGEL PÉREZ
BERNARDO	JOAQUIN MARTIN
DON JUAN	CÁNDIDO PELLICER
SOFRONIO	VALENTIN JACOBE

La acción en Algorta (Bilbao).—Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

MARIA *(22 años)*. Viuda, hermosísima mujer. Viste de luto, no riguroso, pero elegantísimamente.

LUIS *(30 años)*. Elegante, enamoradizo e inpetuoso.

DON FERNANDO *(55 años)*. Un «sportman»; a pesar de sus cincuenta y cinco, no se ha fijado en que los tiene y se cree de veinte. Pelo casi blanco y bigote lo mismo. Viste pantalón y zapato blanco, americana oscura y gorra japonesa con escudo. No es ningún ridículo.

ROQUE *(18 años)*. Rubio. Bruto si los hay, y que perdone «Basconia». A pesar de ser bruto, es noble. Viste camisa blanca, faja encarnada, pantalón azul y alpargatas. Cubre su montón de estropajos, vulgo cabeza, una boinita, que mejor diríamos un solideo.

BERNARDO *(60 años)*. Criado de la casa, muy pulcro; viste de negro y corbata negra.

DON JUAN sus *(70 años)*. Sordo es más que otro sordo, pero le pasa lo que a todos, que nos creemos ¡ay! que oímos perfectamente; viste correctamente y se apoya en un bastón.

SOFRONIO *(20 años)*. Un pollo «bien», romántico e insípido. Si el que se encargue de este papel, tiene bien surtido su guardarropa, póngase lo mejor que tenga. Ahora, que no por eso deja de ser un perfecto «sietemesino».

Para esta obra ha pintado una magnífica decoración el laureado escenógrafo **D. Cáudido Pellicer.**

ACTO ÚNICO

La escena representa un jardín de los pintorescos hoteles que hay en Algorta. Reja al fondo. El telón que cierra la escena, si es posible, que se vea la playa de dicho pueblo. A la derecha del actor, pabellón con escalera, la cual comunica con las habitaciones interiores y con el pabellón inmediato, en el que hay un balcón con persiana; ambas cosas juegan. Si es posible, la altura de la escalera será de un metro sobre el nivel del escenario, Banco de jardín, sillería de mimbre de lujo y un velador de hierro es el complemento de la escena. Mucha luz.

ESCENA PRIMERA

MARIA, leyendo una carta, está sentada en una silla de mimbre; deja de leer. BERNARDO, de pie, junto a MARIA.

MARÍA — Te digo que no. El matrimonio me asusta.

BERNARDO — ¡Señorita! Me permito aconsejar a usted lo de siempre. Una mujer joven; una viudita en agraz como usted, no está bien sola en el mundo; sin nadie que la consuele, sin nadie que...

MARÍA — No te canses. Además, no estoy sola como dices. ¿No te tengo a tí, mi fiel Bernardo, que me has visto nacer, crecer, casarme y, por último quedarme viuda? ¿No eres tú mi mejor amigo? ¿No me defenderías, si llegase el caso, de quien atentase en contra mía?

BERNARDO — Usted sabe que daría mi vida por usted; en su casa me he criado, y, gracias a los padres de la señorita, no he conocido el hambre, ni las nece-

669929

sidades. Soy agradecido y no lo olvido. Por ella, mientras yo aliente, nada tiene que temer. Pero no es eso: es que quiero que la señorita se case, que la vida le sea agradable; porque, créame la señorita, hemos nacido para algo más que comer, dormir y pasear.

María Ya sé que eres fiel y que me quieres. No olvides que, cuando en mi casa de Madrid yo era niña, he jugado muchas veces sobre tus costillas. ¡Cuántas y cuántas veces has hecho el burro para que yo me paseara! Pero no es eso: es que juzgas a los demás hombres como a tí mismo, y te equivocas. Mira: tres años he pasado de matrimonio, y, puedes creerme, jamás he conocido la felicidad; y he salido de él ¡tan harta!, ¡tan harta!, que casi puedo jurarte que no me he de casar.

Bernardo Permítame la señorita el que diga que no estoy conforme ¡No todos los hombres son iguales!

María Mira, Bernardo: teniéndote a mi lado para mi servicio y a Don Juan para que me administre la poca hacienda que me ha dejado mi difunto esposo, de lo mucho que heredé de mis padres ¿para qué quiero más?

Bernardo Señorita... Pero si con Don Juan no se puede contar para nada. Está sordo como otro sordo, y sólo la señorita, con ese cariño que nos tiene a todos los que hemos estado en su casa cuando su niñez, puede aguantar, tanto las equivocaciones e impertinencias de Don Juan, como las faltas en el servicio que, por los achaques de su edad, puedo cometer. Señorita, ¿por qué no se casa usted?

María ¿Casarme yo? ¡No, Bernardo, no! El matrimonio si son todos como el que he tenido, mejor estoy viuda. Me casé, como sabes a los dieciocho años y me quedé viuda a los veintiuno; y si te digo que en esos tres años no he sido feliz, y sí muy desgraciada, ¿qué dirías? Ya sé que soy bonita que tendría mil y mil pretendientes; que sólo por el cebo de mi buena posición no me falta

rían buenas proporciones ..; pero, no; para el que se casara conmigo, sería un buen partido; para mi una necedad.

BERNARDO ¡Qué horror tiene usted a los hombres!

MARÍA Por que no son buenos, ni nobles. Si encontrase alguno bueno, quizá... quizá cambiase de parecer.

BERNARDO ¿Y por qué no ha de haber alguno bueno?

MARÍA Mira, no seas tonto. El hombre, de por sí, no es bueno. El mayor placer de los hombres no está en enamorar a una mujer, no; sino en engañarla. Sólo esto es su ideal. Entre vosotros, engañaros a vosotros mismos lo calificáis de canallada. No es hombre; retiráis vuestra amistad a los que tal hagan. Pero engaña a una mujer, y decís vosotros que tiene talento, que es listo y tiene don de gentes. Y cuantas más hazañas ha hecho de éstas, más listo es, y más don de gentes tiene. Por el contrario: si alguna mujer es lista, o tiene mala intención y engaña a alguno, pues ¡ya tiene bastante! ¡No tenemos corazón! ¡Somos malas! ¡Somos la culpa de todo lo malo! Sin tener en cuenta que si alguna mala hay, se nos debe perdonar, porque, al fin, de nosotras habéis nacido, y que sin nosotras no existiría la humanidad. Créeme: no hay hombre que merezca el que una mujer pierda su libertad.

BERNARDO Está bien; no insisto. Pero la señorita, ¿qué contestación me do para el que me entregó la carta?

MARÍA Nada.

BERNARDO ¿Nada?

MARÍA Nada. Y es más, te prohibo que recibas más cartas, ni de ese, ni de ninguno. (Vase por el pabellón.)

BERNARDO Está bien. Sus órdenes he de cumplir. (A pesar de lo que diga, ha de cambiar de parecer.)

ESCENA II

BERNARDO y DON FERNANDO entrando.

DON FERN. ¡Hola, Bernardo!

BERNARDO ¡Hola, Don Fernando!

DON FERN. ¿Qué? ¿Ha contestado a mi cartita?

BERNARDO No, señor. Y lo que es peor, que ni contesta, ni piensa contestar.

DON FERN. ¡Qué dices, hombre!

BERNARDO Digo la verdad solo: no quiere cartas de nadie.

DON FERN. ¡Me has matado! ¡¡Qué voy hacer yo, sin amar!!

BERNARDO No se desespere: si no se presenta otro rival, puede que usted triunfe.

DON FERN. Oye, ¿sabes si le hay?

BERNARDO Que yo sepa, no; pero lo averiguaré.

DON FERN. ¡Averígua, hijo mío; no mates mi juventud!

BERNARDO Pero, ¿qué voy yo ganando con ello?

DON FERN. Todo. Te juro que todo. Por lo pronto mi estimación. (¡Por qué será uno eternamente joven!)

BERNARDO Yo he de averiguar lo que haya; pero le ruego salga, no sea que le vea la señora y pueda sospechar de mi.

DON FERN. Me voy. ¡Averigua, Bernardito, averigua! ¿Por qué estaremos siempre en tan tierna edad? (Vase foro.)

ESCENA III

BERNARDO, y al poco ROQUE

BERNARDO ¡Éste no se casa con ella! Tiene razón la señorita. Para casarse con ciertos hombres, mejor está viuda. ¡Y qué viudita!

ROQUE (Entra foro.) ¡Selestial que te es, pues!

BERNARDO Pero, ¿qué dices alcornoque?

ROQUE ¿Es que hablar no puedo de lo que ganas tenga, Don Margarito?

BERNARDO Sí; pero no te metas en conversaciones mías.

ROQUE — Conversasiones no hablo; callar no puedo, Don Marselino.

BERNARDO — Y dale. ¿Cuántas veces te voy a decir que me llamo Bernardo?

ROQUE — Nombre suyo no sé; llamarle es presiso. Diga una cosa, pues, Don Hilario.

BERNARDO — ¿Va a ser posible que no me bautices de nuevo?

ROQUE — Perdón que me pides por mi confusión, Don Crisantos.

BERNARDO — (Es el animal más grande que he visto.) ¿Se puede saber qué traes?

ROQUE — Traerte nada, que nada te traigo, pues. Pregunta que sólo te hago, Don Nicanor.

BERNARDO — Pero... ¿es que me vas a tomar el pelo con tanto nombre?

ROQUE — Enfadarte no te debes, que sin malisia que te hago, pues, Don Sebastián.

BERNARDO — Di lo que quieras, que acabarás por incomodarme.

ROQUE — Las tardes de los días todos, señor que viene; recado que me da; jarra de chacolí que me bebo, Don Cayo.

BERNARDO — Y todo eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

ROQUE — ¡Pasiensia que no te tienes, Don Cándido! ¡Rasones que no escucharás, pues! Señor que viene; carta que me da; pregunta que me hase, y duro que me guardo, Don Inosente.

BERNARDO — Y ¡dale! ¿Pero quién es ese señor, que duro que te da, borrachera que te cojes?

ROQUE — Señor que por señora vientos bebe, y yo chacocolí, Don Ignasio.

BERNARDO — Pues mira: la señora me ha dado orden de no admitir carta alguna para ella. De modo que en cuanto venga ese, u otro señor, los despachas con cajas destempladas.

ROQUE — Despachar no podré, que cajas no tengo, Don Doroteo.

BERNARDO — ¡Anda y que te mate... Habla-poco! (Vase al pabellón.)

ESCENA IV

ROQUE y SOFRONIO, que entra por el foro. Sofronio, habla muy despacio.

SOFRONIO — En tu busca venía hijo de Adán, fiel servidor. ¿Te dió alguna contestación tu señora, mi tormento?

ROQUE — Contestasión no me dió; tormento suyo no sé qué es.

SOFRONIO — Pero tú, hijo de David, ¿entregaste mi carta? ¿La leyó? ¿Te contestó? Y ¿qué fué ello?

ROQUE — Ridículo que te hases hablando tan deseguío, que Roque no te entiende, pues.

SOFRONIO — (Despacio.) Mira, hijo de Dios, Roque angelical. Te pregunto si la señorita te dió alguna contestación a mi carta, porque supongo que se la entregarías.

ROQUE — Carta no entregué, que señora no quiere. Sentir yo eso, que chacolí no bebo, pues.

SOFRONIO — ¿Qué dices, hijo de Macabeo?

ROQUE — (Indignado.) Hijo de madre soy, y motes no te permito, pues.

SOFRONIO — No, hijo del destino. No te ofendas. Es que te pregunto...

ROQUE — Pues pregunte quien fué mi madre, y llamarme hijo de tantas cosas no tolero.

SOFRONIO — ¡Oh, incultura de los tiempos, en que la gente confunde las frases galantes con las palabrotas del populacho!... ¡Soez, e indigno, que no entiende la...!

ROQUE — (Muy indignado) Insultos más no tolero, que morros te hincho; hijo de... desconosido.

SOFRONIO — Me voy; me voy... No aspiro a la mano de mi amor por no tratar con tanta incultura. (Vase foro.)

ROQUE — Si me llama hijo de mi padre, es cuando pierdo la pasiensia, pues.

ESCENA V

ROQUE y DON JUAN

ROQUE — Buenos días, Don Juan.

DON JUAN — ¡Hola animal! ¿Por qué no estás trabajando?

ROQUE — Pues ofender no ofendo, insultos más no te tolero.

DON JUAN — ¿Que te vas a ir a Toledo?

ROQUE — (Muy fuerte) ¡Que insultos, no te tolero!

DON JUAN — ¡No chilles tanto, bruto! ¡Cualquiera que te oiga dirá que soy sordo! ¡So animal! (Amenaza con el bastón.)

ROQUE — ¡Amenasar, no amenase, que golpes le doy!

DON JUAN — ¿Qué vas a trabajar con los puños hoy? Eso debieras estar haciendo desde que ha amanecido ¡so vago!

ROQUE — (Despreciativo.) Con sordo que te eres, regañar que no puedo, pues. (Medio mutis.)

ESCENA VI

Dichos y LUIS, el que para y pregunta a ROQUE; éste se entretiene poco.

LUIS — Buenos días, ¿Doña María López de Hortigosa?

ROQUE — Ama mía es, y dueña de la casa ésta.

LUIS — ¿Podría usted pasar recado de que un caballero de Madrid deseaba verla?

ROQUE — Recado pasar no puedo, que con destempladas cajas echo.

LUIS — Vengo de parte de su hermano, y creo no sean motivos para que sea...

ROQUE — Varía entonces. Entretenerme no puedo; señor hablará. (Fuerte.) Don Juan, caballero que desea pava pelar con señora. (Vase foro.)

ESCENA VII

DON JUAN y LUIS

LUIS — Doña María López de Hortigosa, ¿vive aquí, caballero?

DON JUAN — ¿Que si soy el portero?

LUIS — (Este hombre es más sordo que una linterna. (Muy fuerte.) ¡Pregunto por Doña María López de Hortigosa!

DON JUAN — Aquí vive. Pero no chille usted tanto, que no soy sordo.

LUIS — (Pues cualquiera lo diría.) Usted perdone. ¿Es usted acaso de la familia?

DON JUAN — Ya lo creo. López de Hortigosa, es la señora. Y ¿usted qué deseaba?

LUIS — Verla, y entregarla una carta de su hermano Ricardo, mi amigo, el cual no ha querido venir porque es un perezoso.

DON JUAN — Sí, señor, sí. Su pobre esposo.

LUIS — Pero, ¿es usted su esposo?

DON JUAN — Sí, señor, sí.

LUIS — (¡Pobre mujer! ¡Casarla con este viejo! ¡Claro, estaba sola! ¡Su hermano, no se preocupaba de ella!...) Pues tengo tanto gusto en saludar al hermano político de mi querido amigo.

DON JUAN — Sí, señor. Vive conmigo desde hace dos años.

LUIS — (Claro, con quién iba a vivir.) Entonces... cuando se quedó viuda, usted... se aprovechó...

DON JUAN — ¡Naturalmente! ¿No ve que había habitaciones de más? Pues me dije... ¿Quién mejor que yo para hacerle compañía?

LUIS — (Este sátiro puso el cerco, y...) Bueno; pero ¿usted sería tan amable que pasase recado de que deseo entregar una carta que traigo de su hermano?

DON JUAN — Y ¿que iba a hacer la pobrecilla, sino concederla su mano?

LUIS — Pero si hablo de su hermano Ricardo. (Y luego dice que no es sordo.)

DON JUAN ¡Ah! ¿Pero hablaba usted de Ricardo?

LUIS ¡Sí, señor! Y por eso quiero ver a su señora. (Luis entrega la carta.)

DON JUAN Con mucho gusto. Voy a pasarla. (Vase pabellón.)

ESCENA VIII

LUIS, al poco MARIA, que sale del pabellón.

LUIS ¡Pobre mujer! Ahora, que su hermano no tiene vergüenza en consentir que se halla casado con ese viejo. Por eso no me lo ha dicho, quizás pensando que sólo entregaría la carta y saldría pronto, no enterándome de lo que pasa. Pero buen chasco se va a llevar cuando se entere que lo sé todo!

(María aparece en la escalera, con la carta.)

LUIS A los pies de usted, señora.

MARÍA ¿Es usted el portador de la carta de mi herma- Ricardo? ¡Qué placer más grande me ha proporcionado al tener el gusto de conocer a usted y saber de él!

LUIS (¡Qué hermosura tan honesta!) Su hermano, mi querido amigo, en Madrid, somos inseparables. Al saber que tenía que venir a Bilbao, al cual he llegado esta mañana, me encargó muchísimo el que hiciese a usted esta visita, y le entregara esa carta.

MARÍA Pero siéntese usted, lo primero, y dígame si quiere tomar algo. Sí; no me desprecie usted. Es usted amigo de mi hermano, y eso basta.

LUIS Señora, al venir, tomé café: es el único vicio que me domina; pero si usted se empeña...

MARÍA Pues entonces, con su permiso, voy a mandar que le sirvan. ¡Oh, es especial! (Llama.) ¡Bernardo!

(Se levanta y se acerca a la ventana, habla con Bernardo.)

LUIS (Esto no es una mujer. Esto es una divinidad.

¡Lo que estará padeciendo su primer marido en el otro mundo, al ver que esta joya incomparable la usufructúa un viejo indigno! ¡Oh! ¡Es para rebelarse en contra del destino fatal! ¡Que yo no me haya casado por no encontrar una mujer digna como ella, y este viejo la ha atrapado para su uso particular! ¡Oh, estoy que se me llevan los diablos!)

MARÍA (A Bernardo.) Ahora, no; luego irás. (Se sienta.)

LUIS (Esta mujer me trastorna.)

MARÍA Dígame: ¿Qué es de mi hermano? Desde que quedé viuda no le he visto.

LUIS (Entonces se casó sin él asistir a la boda.) Pues bien. Trabajando mucho en sus negocios.

MARÍA Para el otoño, pienso hacer un viaje a Madrid sólo por verle. ¿Mis sobrinitos estarán muy creciditos, y mi cuñada seguirá tan guapa?

LUIS Sí, señora; como guapa, está guapa; ahora, que no tanto como usted, María.

MARÍA Mil gracias; pero creo que es favor el que usted me hace.

LUIS (Esta mujer me vuelve loco. ¡Si no fuera por su hermano...!) Señora. (No me salen las palabras.) Ha de saber usted que sólo hago justicia al reconocer esa espléndida belleza, ese cuerpo tan arrogante, esa distinción suprema, esa cara angelical, esos dos ojos, divinos, que me embriagan al mirarlos, y, en fin... ¡María, bendigo la hora en que su hermano me encargó hiciese a usted esta visita, porque así me ha proporcionado el placer de que conozca a la embajadora de los ángeles en la tierra, y que...!

(Aparece Bernardo, con el café.)

MARÍA (Sonriéndose.) ¡Por Dios, hombre! Pueden oirle... y pueden figurarse lo que no es.

LUIS (Había olvidado que es casada.) ¡Perdon, señora! Pero al mirar tanta hermosura, hizo olvidarme hasta de la caballerosidad.

ESCENA IX

Dichos y BERNARDO, que deja el servicio sobre el velador. Durante esta escena, DON FERNANDO se pasea por detrás de la reja.

BERNARDO — Señorita, el café.

MARÍA — Déjalo. (María lo sirve.) ¿Le gusta a usted muy dulce?

LUIS — Nada que venga de esas manos tan bonitas me puede disgustar. ¡Como usted quiera!

MARÍA — Pero usted no se enmienda. (Por Bernardo.)

LUIS — Repito mi perdón. No me he dado cuenta.

BERNARDO — (¿Enamorará éste a la señorita?)

LUIS — (¡No sale su esposo! ¡Pues sí que es confiado!)

BERNARDO — ¿Manda algo la señorita?

MARÍA — Nada, Bernardo; retírate. ¡Ah! Oye: lleva el correo; en mi cuarto hay unas cartas.

LUIS — A propósito: si no fuera molestia, le rogaría me proporcionara servicio de escribir. Tengo que hacerlo a mi casa; a mi madre.

MARÍA — Bernardo, saca el servicio, y ya esperas a que el señor termine, y al mismo tiempo llevas todas. (Sale Bernardo, y vuelve a poco.)

LUIS — Suplico a usted, María, me perdone; pero no me he dado cuenta que estaba delante el criado.

MARÍA — Conque no lo vuelva usted a hacer, en paz. ¿Qué me cuenta usted de mi hermano? ¿Seguirá tan calavera como antes de casarse?

LUIS — No lo crea usted. Él siempre ha sido muy formal. Ahora, que le pasa lo que a todos, cuando nos encontramos con una mujer bonita. ¡Sentimos unas ansias de amar...! ¡Como me pasa a mí con usted, al verla tan hermosísima!
(Sale Bernardo con servicio de escribir.)

BERNARDO — El recado de escribir.

MARÍA — Bernardo, retira el servicio del café, y esperas a que el señorito Luis termine (Bernardo lo hace.)

LUIS — Con su permiso. (Qué criado más inoportuno.)
(María se levanta y se dirige al banco que está en el lado opuesto de la escena.)

MARÍA (Nadie podrá negar que es guapo. Es buen tipo, elegante, y sobre todò... simpático. ¡Ay! ¡Éste puede que me haga variar de pensamiento, si sigue tan galante! (Pausa.) Pero, ¿qué digo? Si no estoy loca, voy camino de ello. No ha hecho más que llegar, decir tres frases bonitas y ya me creo que está loquito por mi. (Le mira.) ¡Y como guapo, es guapo! ¡Es moreno; los ojos le hablan!... (Transición) ¡Pero qué incorrecta soy! ¡Le estoy mirando de un modo, que si él, que no es lerdo, se da cuenta!...)

LUIS (Nada no puedo escribir. Más bien que escribir a mi madre, parece que estoy haciendo una declaración amorosa. ¿Se ha retirado María? ¡Ah, está allí! Y qué pensativa está.) ¡María, María! ¿En qué piensa usted?

MARÍA ¡Pero, hombre! ¿Quiere usted saber hasta mis pensamientos?

LUIS Tiene usted razón. Estoy loco. Ahora que no sabe lo que daría por saber lo que piensa esa cabeza divina, esa cabecita angelical. (Aparece Bernardo.)

BERNARDO ¿Ha terminado el señorito?

LUIS No; espere un poco. (Escribe. Bernardo vase junto a María.)

MARÍA ¡Eres lo más indiscreto!

BERNARDO Pero, ¿qué culpa tengo yo, señorita, que este caballero esté diciendo frases galantes desde que llegó?

MARÍA Pues te equivocas. Ese caballlero no las decía por mi.

BERNARDO Basta que lo diga la señorita..Pero yo... ¡Vamos, que...!

MARÍA Te equivocas, y nada más. (Luis se levanta.)

LUIS ¡Tenga, María! (Al ir a entregar la carta a María, se le cae: quieren cogerla los dos, y, al estar agachados, juntan sus caras... y suena un beso. Asombro en Bernardo.)

BERNARDO (A María, con malicia.) Descuide la señorita. Ese beso era para mi; ahora que el señorito es el que se ha equivocado. (Vase.)

ESCENA X

MARIA y LUIS

ARÍA (Con dignidad.) ¡Caballero!

UIS (Avergonzado.) Usted sabrá perdonar mi atrevimiento. No fué con intención; pero, al juntarse nuestras caras, sentí un deseo brutal, y maquinalmente... sin saber lo que hice... ¡Tal vez el instinto...!

ARÍA Basta, caballero. Abusando de mi hospitalidad, y sin respetar mi estado, desde que llegó no cesa de decir tonterías; hasta delante de mis criados, y por último, con su libertinaje, se permite ofender mi rostro.

UIS ¡Señora!... Comprendo que tiene usted razón. ¡Soy el más canalla de los hombres! Y como también comprendo que un canalla no debe estar delante de una señora, me retiro. Sólo pido a usted olvido por mi acción, y para mi persona un pensamiento de disculpa, cuando se acuerde de mí. Sepa usted, María, que, ni aún su esposo, la ha querido como yo. ¡Adiós! (Medio mutis.)

ARÍA ¡Vaya usted con Dios!

UIS ¿Podré, algún día, saber de usted?

ARÍA Si sabe de mí, será por mi hermano.

UIS ¡Señora! ¡Beso a usted los pies! (Vase.)

ESCENA XI

ARIA, ve marchar a Luis y progresivamente se va aumentando en su rostro la pena que le produce la marcha de él.

ARÍA (Con gran amargura.) ¡Y se va! (Se asoma.) ¡Y no vuelve ni la cabeza! ¡Al único hombre que me ha hecho palpitar el corazón, lo echo de aquí...! ¡Qué desgraciada nací! (Se sienta en el banco.) ¿Qué juzgará de mí? Viniendo de parte de mi hermano, lo arrojo a la calle. ¡Oh, me abofetearía yo misma!

ESCENA XII

MARIA y DON FERNANDO

DON FERN. ¿Se puede pasar, señorita, para admirar de cerca sus bellos ojos, y declarar a usted mi primer amor? ¡Porque yo soy primerizo!

MARÍA (Enojada.) ¡Caballero! No sé quién es usted, ni estoy para recibir a nadie.

DON FERN. Verá usted: Yo soy el que desde el día en que usted quedó viuda, todos, todos los días, he venido y dejado para usted una carta (que buenos duros me ha costado), en la que pintaba mi primer amor, y que sólo usted me ha hecho sentir. ¡Yo señorita, jamás me he casado! ¡Yo, señorita, jamás he querido! ¡Yo, señorita, jamás he amado! ¡Yo, señorita...!

MARÍA ¡Yo, señorito, jamás estoy para aguantar impertinencias de nadie!

DON FERN. ¡Yo, señorita, siento mi amor por usted, aquí! (Corazón.) ¡Como si una sardina me diese vueltas...!

MARÍA ¡Pues se traga usted un gato, para que se la coma!

DON FERN. ¡Yo, señorita...!

MARÍA Pero, yo, señorito, ¿cómo le voy a decir que me deje en paz?

DON FERN. (Transición.) Lo comprendo. Después de haber estado hablando con ese necio que acaba de salir, no está para nada. ¡Pero sepa usted que soy más joven que él! ¡Qué visto mejor que él. Y que esta tarde, ya que hay regatas, ¡regatea en cualquier parte mejor que él!

MARÍA ¡Y que es usted mas necio que él!

DON FERN. También comprendo ¡que no tengo la caída de ojos como él! ¡Qué no soy tan guapo como él! ¡Ni hablo como él! Pero, en elegancia, juventud, y don de gentes, ¡ya quisiera él!

MARÍA — Pero, ¿es qué usted se ha figurado que no tengo otra cosa que hacer que hablar de él? De forma que me va usted a hacer el favor de salir pronto e irse por ahí... a regatear...

DON FERN. — ¡Está bien! ¿A un sportman se le trata así?... ¡Ah, de esto se ha de hablar en el Club! ¡A un hombre que tiene cuatro copas!...

MARÍA — Pues tiene usted, lo menos, tres de más. ¡O se retira usted, o llamo á mis criados para que lo arrojen!

DON FERN. — Está bien. Me retiro; pero conste que veremos quién triunfa, y quién regatea más. A los pies de usted pongo mis cuatro copas. (Vase.)

ESCENA XIII

MARIA, se sienta en la butaca de mimbre, muy pensativa.

MARÍA — ¡Qué hombres! ¡Y que estos majaderos quieran que nos enamoremos de ellos!... Hombres son unos y hombres son otros, y, sin embargo, ¡cuánta diferencia! ¡En cambio, el otro! ¡Ese no volverá...! ¡El que más me ha interesado! ¡El hombre que ha hecho latir mi corazón por primera vez en el mundo! Y si digo que le amo, ¡no miento! ¡Ese, ese no vuelve! ¡Qué desafortunadas somos! ¡Ver tan cerca la felicidad! ¡Ver que puede saciarse de amor un corazón, falto de él, y por nuestras estúpidas costumbres, por el que no digan, dejarlo marchar! ¡Qué desgraciadas nacimos! (Se levanta y se acerca a la puerta de la reja.) ¡Virgen de Begoña: si haces que vuelva, te prometo un manto bordado en plata para el día de tu fiesta! (Se apoya en el cerco de la verja, y llora; no se da cuenta de la llegada de Roque.)

ESCENA XIV

MARÍA y ROQUE

ROQUE (Preocupada que te estás, caso de nada que te hases. (Pausa.) Señora que te estás triste, lágrigrimas que te se saltan. Amor que te pierdes, llanto que te ganas, pues. (Transición.) Igual me sucede a mí con novia que no quiero. Lloros que me vienes... chacolí que me bebo. (Pausa.) Corasón no resiste ver sufrir mujer alguna. ¡Señora, Lechugino que te falte, puñadas que le doy! (Amenazando.)

MARÍA ¡Hola, Roque! No sabía que estabas aquí.

ROQUE Pensativa que te estás, cuando pasar no vistéis a Roque, pues.

MARÍA ¡Oye! ¿Has visto por el paseo a un jóven guapo, elegante, moreno, muy simpático, como si fuera de mal humor?

ROQUE Joven no ví, que hombre era. Hablarle quise, caso no me hiso. Olfato mío, díjome que calabasas llevaba.

MARÍA Si le ves venir, me llamas. ¿Lo oyes?

ROQUE ¡Señor que venga, cabesones le hago entrar, pues!

MARÍA ¡Gracias, Roque! Si lo haces bien, además de mi estimación, te lo he de recompensar. ¡Adiós! (Vase al pabellón)

ESCENA XV

ROQUE, al poco BERNARDO.

ROQUE ¡Adiós! ¡Guapa que te eres, sufrir que te sufres, por guapa serte! ¡Hermosa que te eres, gentilesa que te tienes, viuda que te estás! ¡Ser eso por tonta ser ella! ¡Solisite amor de Roque, que calabasas no doy!

BERNARDO (Entrando.) Pero, ¿es que te vas a pasar la vida en el jardín, sin trabajar, so vago?

ÓQUE ¡Insultar no insulte; pasiensia que se acaba, pues, Don Visente!

ERNARDO ¿Es que te paga la señora para que estés aquí, o trabajando?

OQUE ¡Señora me mandó que el señor que venga, cabesones que le entre; calabasas que le dan, Don Miguel!

ERNARDO (Qué paciencia se necesita para tratar con este animal.) Pero, ¿qué es eso, que cuando venga un señor lo pases por los cabezones y que le den calabazas?

OQUE Yo saber nada, que de nada me entiendo, pues. Órdenes que resibí; señora que me mandó, Don Evaristo.

ERNARDO ¿Te has creído que yo soy todos los santos, imbécil? (Vase por el pabellón.)

OQUE Enfadarte no te debes, que memoria no me tengo, pues, Don Almanaque.

ESCENA XVI

OQUE y DON FERNANDO. Éste entra con un hermoso ramillete de ulce. Roque, sin darse cuenta de la presencia del otro, pone en orden las sillas y velador.

ÓN FERN. Lo he pensado mejor, y veo que para las mujeres, lo mejor y más agradable, es el dulce, para no amargarles la existencia. Por eso he comprado este ramillete; y luego, cuando en las regatas gane la copa, se la traigo. ¿Qué más puede pedir? Primero, el dulce, y para que no le sea empalagoso, la copa. Le traigo las dos cosas, sin que sepa de quién es; y cuando la curiosidad le pique, entonces sabrá que he sido yo la causa de tal picor. Ahí está ese criado, que pasará el ramillete. ¡Joven, joven!

OQUE (Cabesones que te entro, calabasas que te dan; propina que me gano, borrachera que te cojo.)

ON FERN. ¡Oye, tú! ¿Serías tan amable que pasaras a la señora este ramillete, débil prueba del gran amor que siento por ella?

ROQUE — Ramillete no paso, que orden no tengo. Usted, sí; que de los cabesones pasa.

DON FERN. — Pero, ¿qué dices, hijo mío?

ROQUE — ¡Hijo de madre soy; insultos no te permito, pues! ¡Lechuguino!

DON FERN. — ¡Lechuga! ¿Yo lechuguino? ¡Ahí queda eso! (Lo deja encima del velador.) No quiero perderme. Esta tarde hay regatas, y tengo que ganar la copa para detrás del ramillete. (Quiere irse; Roque le sujeta.)

ROQUE — ¡Usté no se va, que señora quiere verle!

DON FERN. — ¿A mí? Tú te has equivocado, hijo de Dios.

ROQUE — (Muy enfadado.) ¡Otro que tal! Para novios de señora ¡¡hijo de todos soy!! ¡Pues, Roque, más insultos no tolera! (Le suelta para pegarle, y al ver Don Fernando tal actitud, da un tirón y sale corriendo, encontrándose con Luis que llega.)

DON FERN. — (Por lo de Roque.) ¡A tiempo llega, amigo! El criado quiere verle. (Vase.)

ESCENA XVII

ROQUE y LUIS

ROQUE — (Ya que al otro no pude, a éste lo paso con cabesa y tóo.) Señora quiere verle; marchar no se marcha, que Roque no le deja, pues.

LUIS — Vengo a eso. De modo que pasa recado a la señora, que aquí espero.

ROQUE — (Señora no digo que el otro se ha escapao. Digo que ramillete éste ha traído.) (Coge el ramillete, y vase por el pabellón.)

ESCENA XVIII

LUIS

LUIS — He decidido no salir de Bilbao sin despedirme de esta mujer. De rodillas he de pedirle perdón por mi atrevimiento. No quiero que la mujer

que me ha hecho sentir el amor por primera vez, se quede con un mal recuerdo. Si logro que me reciba, y tengo suerte, creo que lo he de conseguir. (Se sienta.) ¿Por qué no será esta mujer soltera, o cuando menos viuda? ¡Oh, si fuese alguna de estas dos cosas!... No nos hagamos ilusiones. Contentémonos con envidiar y maldecir a ese sátiro centenario, que posee la beldad más perfecta de la tierra.

ESCENA XIX

LUIS y MARIA, en el balcón.

MARÍA — A decir verdad, no le esperaba. ¿Cómo es que ha dado usted la vuelta?

LUIS — (Al verla, se levanta rápidamente y se dirige, sombrero en mano, hacia ella.) ¡Señora!... Porque no quería poner el pie en el estribo del tren, sin tener la seguridad de que usted me perdona. Y al mismo tiempo, como esta tarde salgo para Madrid, preguntar a usted si quiere algo para su hermano.

MARÍA — (¡Se marcha! ¡Qué lástima!) ¿Cómo es que sale esta tarde habiendo llegado esta mañana? ¿Sin ver Bilbao, y sin solucionar los asuntos que le han traído?

LUIS — ¡Muy sencillo, señora! ¡Me creo tan degradado por mi acción de antes, que soy indigno de respirar el mismo aire, que la misma tierra nos sostenga, y que el mismo sol a los dos nos alumbre! Así, con mi partida, usted queda como debe, y yo tendré la única satisfacción que puedo esperar: él que mi presencia no le cause enojo, y no maldiga mi visita.

MARÍA — Si me hace usted el favor de esperar un poco, salgo en seguida.

LUIS — Yo espero a usted todo lo que quiera.

MARÍA — Soy con usted al momento. (Se retira.)

LUIS — ¡Esta mujer me enloquece! ¡Quisiera estar de ella muy lejos, y me veo encadenado en este si-

tio! !Oh, ironías del amor! ¡Yo, que jugué tanto con fuego, he venido aquí a quemarme y quedar prisionero!

MARÍA (Saliendo.) Mil gracias por el favor. Tome asiento, y sea formal. Empiezo por darle las gracias por su obsequio.

LUIS No sé á qué puede usted referirse.

MARÍA No se haga usted de nuevas ¿O es qué se cree que por que no diga quién lo manda no se iba a saber?

LUIS Repito que no se a qué puede usted referirse.

MARÍA ¡Vaya! ¡Le gusta a usted que le regalen el oído! Pues... al ramillete, que de parte de usted me ha entregado el criado.

LUIS Pues, señora, el ramillete no lo he mandado yo. Cuando vine, estaba encima de ese velador; y por lo que veo, lo ha debido de traer un señor que salía cuando yo entraba. Y como no me gusta adornarme con plumas de ganso...

MARÍA (Se ríe con estrépito.) ¡Já, já, já!... Nunca ha estado más justificada esa frase de «ganso», porque ya sé de quién es. Un viejo que quiere ser joven; y desde el día en que me quedé viuda. todos, todos los días, me manda cartas o regalos. A todas partes me sigue, y en todas partes me le encuentro. A decir verdad, debí sospecharlo, porque mandar un ramillete de dulce, así.... vamos, parece algo...

LUIS ¿De modo que ese hombre, sabiendo que es usted casada, no la deja en paz?

MARÍA ¿Cómo casada? ¡Viuda!

LUIS (Con asombro.) Pero, ¿no es usted casada?

MARÍA ¡Le repito que soy viuda!

LUIS Pero, ¿y su marido?

MARÍA Lo único bueno que hizo fué morirse hace año y medio.

LUIS Bien; pero... ¿y el otro?

MARÍA ¿Cuál otro?

LUIS ¡Con el que he estado hablando. Con el que pasó recado de que yo esperaba!

MARÍA ¡Ah, vamos! ¡Don Juan, mi administrador!

LUIS ¡Pero si él mismo me dijo que era su esposo!

MARÍA Me explico todo lo sucedido. Don Juan es muy sordo. Casi nunca entiende lo que le dicen; y si usted le dijo algo parecido a esposo, él contestó que sí. ¿No es eso?

LUIS Tan es así, que llegué a pensar mal de usted, y de su hermano Ricardo, por haber consentido que la martirizaran para toda la vida con ese octogenario viviente. (Transición.) Pero me bastan sus palabras. ¡No sabe usted, María, lo feliz que me hace, diciéndome que es viuda! (Con gran pasión.) Veo mi felicidad. Veo las puertas del Edén, que se abren para que entremos los dos juntos, ¡así! (Cogiéndola las manos y con frenesí.) Así cogidos, para pedir a Dios, al único que todo lo puede, mucha felicidad, mucha, para dos almas que se quieren. ¡Porque sí, María: yo la quiero a usted; es decir, a tí; porque dos enamorados no se llaman de usted, sino de tú. Porque tú, me amas en tus ojos lo leo, aunque tus palabras digan lo contrario!

MARÍA Si, Luis, sí; yo le amo a usted... No sirve que mis labios digan otra cosa de lo que proclaman mis ojos. ¡Le adoro¡ ¡No sabe usted, es decir tú, lo que he sufrido al verte marchar! Creí que no volvías... ¡Y me dejabas tan triste, tan sola como he estado toda mi vida! ¡Pero, ahora que te tengo, te diré que bendigo ese beso que antes me diste, porque por él me veo unida a tí! (Se levantan.)

LUIS ¡Oh, María adorada! ¡Jamás pensé que el amor pudiera hacer a un hombre tan feliz!

MARÍA ¡¡Luis mío!!

LUIS ¡¡María del alma!! (Se abrazan.)

ESCENA XX

Dichos y DON FERNANDO, que llega triunfal con su copa, que ha ganado en las regatas

DON FERN. (Yo soy hombre que lo que digo lo cumplo. ¡He triunfado en las regatas! ¡Lo mismotriunlaré

ahora, (Se fija en la pareja.) (¡¡¡Caspitina!!! Pues és tos no se andan regateando.) ¡Señora! (Ellos se se paran.) ¡Podía usted haber dicho, a qué hora es taba entretenida! (Demostración de abrazar.) ¡Par no haber venido!

MARÍA (Burlona.) Es que no sabía a qué hora se termina ban las regatas.

DON FERN. ¡Para usted, por lo visto, empiezan ahora!

LUIS ¿Pero se puede saber, qué quiere este tipo?

MARÍA Es mi primer galanteador. ¡Un hombre que tie ne cuatro copas!

DON FERN. ¡Tenía, tenía! ¡Que esta tarde he ganado l quinta!

LUIS Pues mire usted, amigo: un hombre que tien cinco copas, no debe andar por la calle. Así e que déjenos en paz.

DON FERN. ¡Si, me voy, ya lo creo! ¡Como qne le iba á rega lar ésta encima! ¡¡Con el trabajo que me ha cos tado!! (Vase.)

ESCENA ÚLTIMA

MARIA y LUIS

LUIS Y, ahora, nosotros, a querernos mucho; ¡much simo!...

MARÍA Eso es: a querernos muchísimo. Que sea nuestr amor parecido a una regata... Y ¡a ver quié gana la copa!

LUIS Y, ¿cómo lo vamos a titular?

MARÍA (Pensando.) POR UN BESO, UNA BODA. ¿Te parece

LUIS Si, eso es. POR UN BESO, UNA BODA.

TELÓN RÁPIDO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Religión y Socialismo (1)

Las desdichas de Don Juan.

Los aficionados.

Por un beso, una boda.

---

(1) En colaboración con Carlos V. Falagán.

Precio: UNA peseta.